



Jorge Melo Vega Castro*

Pasar del período de caza y recolección a uno de tribus tomó miles de años a la humanidad y desde allí evolucionar hasta construir sociedades, otros muchos siglos más. Para asumir este proceso, los hombres se dieron cuenta que se podía subsistir sin matarse unos a los otros, o mejor dicho, que todas las oportunidades no eran sólo para uno. Este proceso primario, nos permitió entender que para vivir en sociedad era importante ser sujetos de deberes y derechos: si todo no es para mí y le doy una oportunidad al otro, entonces ambos ganamos.

La diferencia entre actuar en una cultura primitiva o vivir en una sociedad medianamente desarrollada está únicamente en el respeto que podamos tener a ciertas reglas básicas de convivencia. Si yo no lo invado, él no me agrede; si yo me detengo, él puede pasar; entonces si él tiene derechos, yo tengo deberes. La manera universal de entender el respeto a esos deberes es mediante el uso de una señal roja que significa para.

Esta señal roja nos grafica en todos los idiomas y en diferentes circunstancias que no somos las únicas personas interesadas o apuradas por algo, y que hay otros iguales a noso-

LA LUZ ROJA

tros que tienen los mismos derechos: a cruzar la calle, a comprar un producto, a tener educación o a vivir en un ambiente saludable. Si somos capaces de comprender la dimensión que tienen nuestros deberes, las posibilidades de desarrollarnos en comunidad y como nación serían incalculables.

La responsabilidad social viene a refrescarnos muchos principios de carácter ético que creemos que ya están asumidos por todos, pero que en verdad no somos capaces de reparar en ellos y por tanto valorarlos adecuadamente. De allí que queramos dar una voz de alerta sobre el nivel de descomposición social que estamos viviendo, donde cada vez importan menos los derechos de los otros y lo más importante es “lo que me corresponde a mí”.

Para los que vivimos en Lima, la experiencia en los últimos meses debido a la reparación de las pistas, ha sido una prueba importante para reflejar el comportamiento más primitivo que tenemos y lo distante que aún estamos para compartir en sociedad y ser auténticos ciudadanos. La violación a la señal de luz roja, a la señal de pare, al “rompemuelles”, a las calles de doble sentido que eran invadidas porque sencillamente había una cola muy larga, son solo algunas muestras de ello. Podemos mencionar una gran lista de conductas que fundamentalmente indican que estamos dispuestos a violentar el derecho de los otros porque uno cree que es primero.

En provincias la experiencia tiene otros matices, pero que no distan mucho de las actitudes del tránsito limeño. El cierre de las carreteras

por paros agrarios u otras demandas locales, los paros mineros con hechos de violencia, los conflictos asociados al canon de la regiones, son reacciones primarias que poco tienen que ver con reivindicación de derechos o esfuerzos solidarios por los que menos tienen. Han sido reacciones de egoísmo donde muy poco nos ha importado el prójimo y su derecho al libre tránsito o hasta el derecho a la vida en ciertos casos.

Durante los últimos años en el Perú hemos tenido la oportunidad de vivir un desarrollo económico y social nunca antes visto debido al fuerte crecimiento de nuestra economía y las exportaciones mineras, agrícolas y textiles; sin embargo, en el camino, los que empezaron a recibir más beneficios pasaron a exigir mucho más en desmedro de otros. Esas reivindicaciones hicieron que se postergase lo importante, esto es, utilizar adecuadamente los recursos que de forma extraordinaria se estaban obteniendo, en vez de tener que cuantificar por millones las pérdidas económicas debido a la violencia o atesorar el dinero en las cuentas por la incapacidad de concretar proyectos de alto valor económico y social. Hoy esa bonanza se acabó y sólo nos queda lamentarnos.

Necesitamos pasar de la ley de la selva a un espacio social de acatamiento a la norma. Reivindicamos el respeto a la luz roja como una exigencia para vivir en sociedad y promovamos la obligación al cumplimiento de los deberes como muestra que en el Perú hemos decidido abandonar la barbarie.

Responde, consultora en responsabilidad social.